

---

# El renacimiento de la historia narrativa.

## Algunos comentarios

E.J. Hobsbaum

*En 1986 se publicó en México, en el Fondo de Cultura Económica, el libro del destacado historiador inglés Lawrence Stone: El pasado y el presente. Es una recopilación de diversos ensayos aparecidos en diferentes revistas, publicada originalmente en 1981. En uno de estos ensayos, "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia" (el capítulo III de la primera parte del libro El pasado y el presente), Stone expone polémicamente lo que considera una de las tendencias más novedosas e importantes de la historiografía contemporánea: el contar relatos. Según Stone "los historiadores siempre han contado relatos"; sin embargo, esta actividad "se ha visto desprestigiada entre aquellos que se consideran como la vanguardia dentro de la profesión, es decir, quienes practican la así*

*llamada 'nueva historia' de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial. En Francia, este contar relatos se tildó como l'histoire événementielle". A lo largo de su argumento Stone delimita los ámbitos contemporáneos del quehacer del historiador y renueva viejas preocupaciones historiográficas: la descripción y el análisis, el hombre y sus circunstancias, lo particular y específico frente a lo colectivo y lo estadístico.*

*La aparición en español del libro de Stone, y muy particularmente, los importantes problemas debatidos en su ensayo sobre la narrativa, nos animó a publicar el siguiente comentario crítico de otro destacado historiador inglés: Eric Hobsbaum. Con esto esperamos contribuir a complementar la reflexión que la lectura del ensayo de Stone sugiere.*

---

Lawrence Stone piensa que hay un renacimiento de la "historia narrativa" porque ha habido un descenso en la historia que se dedica a hacer "las grandes preguntas del *porqué*", la "historia científica" generalizadora. Esto, piensa, se debe a la desilusión con los modelos de explicación histórica esencialmente económico deterministas, marxistas o lo que sean, que han tendido a dominar en los años de la posguerra; al descenso del compromiso ideológico de los intelectuales de occidente; a la experiencia contemporánea que nos ha hecho recordar que la acción política y la decisión pueden moldear a la historia; y al fracaso de la "historia cuantitativa"—otro aspirante a

status "científico"— para ofrecer los bienes.<sup>1</sup> En este argumento hay dos asuntos involucrados, los cuales he simplificado de manera excesiva: ¿qué es lo que ha estado sucediendo en la historiografía, y cómo se deben explicar estos desarrollos? Como se supone que en la historia siempre se seleccionan "los hechos", moldeados y acaso distorsionados por el historiador, hay un elemento de *parti pris*, por no decir de autobiografía intelectual, en la manera en que Stone trata estos dos asuntos, así como en mis comentarios al respecto.

Creo que podemos aceptar que los veinte años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial vieron un descenso agudo en la historia política y reli-

giosa, y un giro sorprendente hacia la historia socioeconómica y hacia la explicación histórica en términos de “fuerzas sociales”, como lo señaló Momigliano desde 1954.<sup>2</sup> Ya sea que las llamemos o no “económico deterministas”, estas corrientes historiográficas se volvieron influyentes, dominantes en algunos casos, en los principales centros de historiografía occidentales, para no mencionar, por otros motivos, a los orientales. También podemos aceptar que en los años recientes ha habido una diversificación considerable y un marcado renacimiento del interés por temas que eran bastante más marginales para las preocupaciones centrales de los heterodoxos históricos, aunque a tales temas nunca se les relegara. Después de todo, Braudel escribió sobre Felipe II y sobre el Mediterráneo, y la monografía que escribió Le Roy Ladurie sobre *Le carnaval de Romans* de 1580 fue precedida por un recuento más breve, pero más perceptivo, del mismo episodio en su libro *Les paysans du Languedoc*.<sup>3</sup> Si los historiadores marxistas de la década de los setenta escribieron libros enteros sobre el papel de los mitos radicales-nacionales, tales como la leyenda galesa de Madoc, Christopher Hill por lo menos escribió un artículo nodal sobre el mito del Norman Yoke desde los años cincuenta.<sup>4</sup> Sin embargo, a lo mejor hubo un cambio.

Es difícil determinar si esto comporta un renacimiento de la “historia narrativa” tal y como la define Stone (básicamente un ordenamiento cronológico del material en “un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama” y una concentración en el “hombre por sobre sus circunstancias”), ya que Stone se aparta deliberadamente de la revisión cuantitativa y se concentra en “una diminuta, aunque desmesuradamente prominente sección de la profesión histórica vista como un todo”<sup>5</sup> Sin embargo, existen evidencias de que la vieja vanguardia histórica ha dejado de rechazar, despreciar y combatir la anticuada “historia de acontecimientos” y hasta a la historia biográfica, como solía suceder antes. El mismo Fernand Braudel elogió francamente un ejercicio tradicional notable dentro de la historia narrativa popular, el intento que realizó Claude Manceron para presentar los orígenes de la

revolución francesa a través de una serie de biografías sobrepuestas de contemporáneos, de personalidades importantes y oscuras.<sup>6</sup> Por otra parte, la minoría histórica cuyos intereses supuestamente modificados examina Stone, de hecho no se ha puesto a practicar la historia narrativa. Si dejamos a un lado a los conservadores historiográficos deliberados o a los neoconservadores tales como los “empiristas anticuarios” británicos, hay muy poca historia narrativa simple entre las obras que cita o a las que se refiere Stone. Para casi la mayor parte de ellas el acontecimiento, el individuo, hasta la recuperación de cierta atmósfera o de cierta manera de pensar el pasado, no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar algún asunto más amplio, lo cual rebasa a la historia particular y a sus personajes.

En pocas palabras, los historiadores que aún creen en la posibilidad de generalizar sobre las sociedades humanas y su desarrollo, siguen interesados en “las grandes preguntas del *por qué*”, aunque algunas veces puedan enfocar en preguntas diferentes a aquéllas en las que se concentraron hace veinte o treinta años. En realidad no existe ninguna prueba de que esos historiadores—aquéllos en los que reflexiona Stone— hayan abandonado “el esfuerzo por producir una explicación coherente. . . del cambio en el pasado”.<sup>7</sup> Que ellos (o nosotros) consideren su esfuerzo como “científico” sin duda no dependerá de nuestra definición de “ciencia”, pero no hace falta que entremos en una discusión sobre las etiquetas. Más aún, yo dudo bastante que tales historiadores sientan que están “obligados a regresar. . . al principio de indeterminación”,<sup>8</sup> como si Marx sintiera que sus escritos sobre Luis Napoleón fueran incompatibles con la concepción materialista de la historia.

Sin duda hay historiadores que han abandonado tales esfuerzos, y ciertamente hay algunos que los combaten, acaso con un empeño acrecentado por el compromiso ideológico. (Ya sea que el marxismo haya decaído intelectualmente o no, resulta difícil detectar mucho mutismo en la controversia ideológica entre los historiadores occidentales, aunque los participantes y los temas específicos puedan no ser los mismos de hace veinte años.) Es probable que haya ganado terre-

---

no la historia neoconservadora, sin duda esto ha sucedido en Inglaterra, tanto en la forma de los “jóvenes empiristas anticuarios” que “escriben un tipo de narrativa política minuciosa que niega implícitamente la existencia de algún significado histórico profundo, con excepción de los caprichos accidentales de la fortuna y la personalidad”,<sup>9</sup> y en la forma de trabajos como los de Theodore Zeldin —y los de Richard Cobb—, zambullidas formidables en esos estratos del pasado, para los cuales “casi todos los aspectos de la historia tradicionalista” son irrelevantes, incluyendo la respuesta de preguntas.<sup>10</sup> Igual es probable que haya ganado terreno lo que podría llamarse la historia de izquierda anti-intelectual. Pero esto no lo toca Stone más que de manera tangencial.

¿Cómo entonces tendremos que entender estos desplazamientos en los temas e intereses históricos, en la medida en que se dieron o se están dando?

Un elemento en estos desplazamientos, podría sugerirse, refleja la ampliación sorprendente del campo de la historia en los pasados veinte años, tipificados por el ascenso de la “historia social”, ese recipiente amorfo para todo desde los cambios en el físico humano hasta el símbolo y el ritual, y sobre todo para las vidas de *todas* las personas desde los limosneros hasta los emperadores. Como Braudel lo notó, esta “*histoire obscure de tout le monde*” es “la historia hacia la cual, por distintos caminos, tiende toda la historiografía en el presente”.<sup>11</sup> Este no es lugar para especular sobre los motivos para esta amplia extensión del campo, la cual ciertamente no está en conflicto de manera obligada con el esfuerzo por producir una explicación coherente del pasado. ¿Cómo hay que presentar estas complejidades? No es sorprendente que los historiadores experimenten con formas diferentes de tal presentación, incluyendo de manera notable a aquellos que toman prestadas las técnicas antiguas de la literatura —que ha hecho lo suyo para desplegar la *comédie humaine*—, y también de los modernos medios audiovisuales, en los cuales estamos saturados todos a excepción de los más viejos. Lo que Stone llama técnicas *pointilliste* son, al menos en parte, esfuerzos por resolver los problemas técnicos de la presentación.

Estos experimentos son particularmente necesarios para esa parte de la historia que no puede reducirse al “análisis” —o al rechazo del análisis— y que Stone olvida por completo, la síntesis especialmente. El problema de reunir las distintas manifestaciones del pensamiento y la acción del hombre en un periodo específico no es nuevo ni desconocido. Ninguna historia de la Inglaterra jacobita puede ser satisfactoria si omite a Bacon o lo ve exclusivamente como un abogado, como un político, o como una figura en la historia de la ciencia o de la literatura. Más aún, hasta los historiadores más convencionales reconocen esto, hasta cuando sus soluciones —un capítulo o dos sobre ciencia, literatura, educación y quién sabe que más como apéndices al texto principal sobre la cosa político-institucional— sean insatisfactorias. Sin embargo, mientras más amplio sea el margen de actividades humanas que se acepte como de la incumbencia legítima del historiador, mientras se entienda con mayor claridad de establecer relaciones sistemáticas entre ellas, más difícil será lograr una síntesis. Naturalmente que éste es más que un problema técnico de presentación, y sin embargo también es eso. Hasta aquellos que en sus análisis se siguen guiando por algo como el modelo “jerárquico tripartita” de base y superestructuras que Stone rechaza,<sup>12</sup> podrían considerarlo como una guía inadecuada para la presentación, aunque probablemente sea una guía menos inadecuada que la narración cronológica directa.

Haciendo a un lado los problemas de presentación y síntesis, pueden sugerirse dos motivos sustanciales más del cambio. El primero es el éxito mismo de los “nuevos historiadores” en las décadas de la posguerra. Esto se logró por una simplificación metodológica deliberada, la concentración en las que se consideraban como base socioeconómica y las determinantes de la historia, a costa de —algunas veces, como en la lucha francesa en contra de la “historia de acontecimientos”, en confrontación directa con— la historia narrativa tradicional. Aunque hubo algunos reduccionistas económicos extremos, y otros que pasaron por alto a la gente y los hechos como si fueran minucias prescindibles en la *longue durée* de la *structure* y de la *conjuncture*, tal extremismo no se

compartió universalmente ni en *Annales*, o entre los marxistas que —especialmente en Inglaterra— nunca perdieron el interés en los hechos o en la cultura, ni se consideró a la “superestructura” como algo subordinado siempre y por completo a la “base”. Sin embargo, el triunfo mismo de obras como las de Braudel, Goubert y Le Roy Ladurie, que Stone subraya, no sólo dejó en libertad a los “nuevos” historiadores para concentrarse en aquellos aspectos de la historia que hasta ahí se habían dejado a un lado de manera deliberada, sino que avanzaron su lugar en la agenda de los “nuevos historiadores”. Como señaló hace varios años un eminente *Annalist*, Le Goff, “la historia política habría de volver gradualmente a recuperar fuerza tomando prestados los métodos, el espíritu y el método teórico de las mismas ciencias sociales que la habían relegado”.<sup>13</sup> La nueva historia de hombres y mentes, ideas y acontecimientos puede ser vista como algo que complementa en lugar de suplantar al análisis de las estructuras y las tendencias socio-económicas.

Pero una vez que los historiadores incluyan esos temas en su agenda, acaso prefieran llegar a su “explicación coherente... del cambio en el pasado” ecológicamente más que como geólogos. Tal vez prefieran empezar por el estudio de una “situación” que comporte y ejemplifique la estructura estratificada de una sociedad pero concentrándose en las complejidades e interconexiones de la historia real, en lugar del estudio de la estructura misma, en especial si para esto se pueden apoyar parcialmente en obras anteriores. Esto, tal y como lo reconoce Stone, se encuentra en la raíz de la admiración de algunos historiadores por obras como la de la “lectura minuciosa” de Clifford Geertz de la pelea de gallos en Bali.<sup>14</sup> Ello no implica una elección obligada entre la monocausalidad y la multicausalidad, y ciertamente ningún conflicto entre un modelo en el cual se ven ciertas determinantes históricas más poderosas que otras, y el reconocimiento de interconexiones, tanto verticales como horizontales. Una “situación” puede ser un punto de partida conveniente, como en el estudio que realizó Ginzburg sobre la ideología popular a través del ateo de un pueblo en el siglo XVI o de un grupo

de campesinos de Friuli acusados de brujería.<sup>15</sup> A estos tópicos también se les puede llegar de otras maneras. Puede ser un punto de partida necesario en otros casos, como en el hermoso estudio que realizó Agulhon sobre la manera en que, en un tiempo y lugar particulares, los habitantes de un pueblo francés se convirtieron del tradicionalismo católico al republicanismo militante.<sup>16</sup> Como sea, los historiadores pueden elegir a la “situación” como un punto de partida para ciertos propósitos.

Por lo tanto no existe una contradicción obligatoria entre *Les paysans du Languedoc* de Le Roy Ladurie y su *Montaillou*, igual que no la hay entre las obras generales sobre la sociedad feudal realizadas por Duby y su monografía sobre la batalla de Bouvines, o entre *The Making of the English Working Class* de E.P. Thompson y su libro *Whigs and Hunters*.<sup>17</sup> No tiene nada de nuevo elegir ver el mundo a través de un microscopio y no con un telescopio. En la medida en que aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmos y macrocosmos es asunto de seleccionar la técnica apropiada. Resulta significativo que en la actualidad sean más historiadores los que encuentran útil al microscopio, pero esto no significa necesariamente que rechacen a los telescopios porque éstos estén pasados de moda. Hasta los historiadores de la *mentalité*, ese término vago y abarcador que Stone, acaso sabiamente, no intenta aclarar, no evitan la visión amplia de manera exclusiva o predominante. Esta cuando menos es una lección que les aprendieron a los antropólogos.

¿Estas observaciones dan cuenta del “amplio conjunto de transformaciones con respecto a la naturaleza del discurso histórico” que señala Stone? Tal vez no. Sin embargo, demuestran que es posible explicar muchas de las cosas que él contempla como la continuación por otros medios de antiguas tentativas históricas, en lugar de verlas como pruebas de su bancarrota. No quisiera negar que algunos historiadores las consideran fracasadas o indeseables ni tampoco en consecuencia quisiera cambiar su discurso por varias razones —algunas de ellas intelectualmente dudosas—, algunas habría que tomarlas en serio. Es cla-

ro que algunos historiadores se han desplazado de las "circunstancias" hacia los "hombres"—incluyendo a las mujeres—, o descubrieron que no es suficiente un modelo simple de estructura/superestructura ni la historia económica, o que ya no son suficientes, en la medida en que la retribución de tales acercamientos ha sido muy substancial. Algunos se pudieron haber convencido que hay una incompatibilidad entre sus funciones "científicas" y "literarias". Pero no es necesario analizar las modas actuales en la historia como si fueran todas un rechazo al pasado, y en la medida en que no se las puede analizar en esos términos, no sirve de nada hacerlo.

Todos estamos ansiosos por descubrir hacia dónde se dirigen los historiadores. El ensayo de Stone debería ser bienvenido como un esfuerzo en ese sentido. Sin embargo, no es un ensayo satisfactorio. A pesar de su abandono el ensayo

efectivamente combina el trazo de "los cambios observados de una manera histórica" con "juicios de valor respecto a qué modos de discurso histórico son más satisfactorios que otros",<sup>19</sup> en especial esto último. Creo que esto es una lástima, no porque suceda que yo esté en desacuerdo con Stone en cuanto al "principio de indeterminación" y la generalización histórica, sino porque, si el argumento está mal, un diagnóstico de los "cambios en el discurso histórico" realizado en términos de este argumento también por fuerza es inadecuado. Uno queda tentado, como el irlandés mítico al que preguntó un viajero por el camino hacia Ballynahinch, a detenerse, reflexionar y responder: "Si yo fuera tú, yo no empezaría por aquí".

Traducción de Antonio Saborit  
Tomado de *Past and Present*

## Notas

<sup>1</sup> Lawrence Stone, "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", *Past and Present*, Núm. 85, noviembre 1979. Este ensayo es el tercer capítulo de Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, pp. 95-120. Hemos arreglado estas notas sobre la paginación del ensayo sobre "El resurgimiento de la narrativa" tal y como aparece en *El pasado y el presente*.

<sup>2</sup> Arnaldo Momigliani, "A Hundred Years after Ranke", en su libro *Studies in Historiography*, Londres, 1966, pp. 108-9.

<sup>3</sup> Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1960; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le carnaval de Romans*, París, 1979; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les paysans du Languedoc*, 2 t., París, 1966.

<sup>4</sup> Christopher Hill, "The Norman Yoke", en John Saville, ed., *Democracy and the Labour Movement: Essays in Honour of Dona Torr*, Londres, 1954; reimpresso en Christopher Hill, *Puritanism and Revolution: Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, Londres, 1958, pp. 50-122.

<sup>5</sup> Stone, *op. cit.*, p. 97.

<sup>6</sup> Fernand Braudel, "Une parfaite réussite" (reseña de Claude Manceron, *La Révolution qui lève, 1785-1787*, París, 1979), *L'histoire*, Núm. 21, 1980, pp. 108-9.

<sup>7</sup> Stone, *op. cit.*, p. 115.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>10</sup> Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, 2 t., Oxford, 1973-7; Richard Cobb, *Death in Paris*, Oxford, 1978.

<sup>11</sup> Braudel, "Une parfaite réussite", p. 109.

<sup>12</sup> Stone, *op. cit.*, p. 101.

<sup>13</sup> J. Le Goff, "Is Politics Still the Backbone of History?", en Felix Gilbert y Stephen R. Graubard, editores, *Historical Studies Today*, Nueva York, 1972, p. 340.

<sup>14</sup> Clifford Geertz, "Deep Play: Notes on the Balinese Cock-Fight", en su libro *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973.

<sup>15</sup> Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi*, Turín, 1976 (*El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, España, Muchnik Editores, 1981); Carlo Ginzburg, *I benandanti: ricerche sulla stregoneria e sui culti agrari tra Cinquecento e Seicento*, Turín, 1966.

<sup>16</sup> Maurice Agulhon, *La République au village*, París, 1970.

<sup>17</sup> Le Roy Ladurie, *Les paysans du Languedoc*; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, 1976; Georges Duby, *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973; E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963; E.P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Londres, 1975.

<sup>18</sup> Stone, *op. cit.*, p. 120.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 96.

